

## **Ideando contextos: prácticas de lecturas sociales.**

*Andy Daitzman\**

En *Facundo*, obra publicada en Chile en 1845, el escritor argentino Domingo Faustino Sarmiento dio expresión clásica a la dicotomía "civilización y barbarie" como el más grave problema que enfrentaban las nuevas repúblicas latinoamericanas, dando lugar así a una discusión inagotable entre historiadores, literatos, Y filósofos sobre el complejo significado del mestizaje en la identidad latinoamericana.<sup>1</sup> Sin embargo, Sarmiento no era el primero en consignar a la palabra escrita esta caracterización de la sociedad americana; un año antes su colega chileno, Francisco Bilbao, publicó la siguiente descripción del huaso en su país:<sup>2</sup> "Estas influencias de la localidad producen resultados morales. El huaso corriendo por la cima de los montes, respira la independencia en su carrera. El huaso sepultado entre los montes se encuentra separado de la comunicación moral; es solitario, selvático. El aislamiento enorgullece. Siempre ve y ha visto lo mismo. No sabe, sino lo que sus padres le enseñaron y esto es para él el punto final de su trabajo intelectual. Lo

demás lo rechaza. El, ¿saber menos?, su orgullo no lo permite. De aquí se ve salir el espíritu tradicional de los hombres del caballo que pasan su vida vagando o dando vuelta alrededor de un círculo. Las creencias de nuestros huasos son católicas y españolas. Estas creencias de suyo tradicionales y tenaces, encarnadas en hombres cuyo espíritu es conservar y que no pueden por la vida que llevan presenciar espectáculos distintos, deben tener un completo desarrollo, de aislamiento, de barbarie y de conservación. El sur de Chile, la vecindad del elemento indígena, es el que posee las localidades más aparentes para conservar en la gente del caballo las tradiciones y creencias antiguas. Luego, la reacción antirrevolucionaria, antiliberal, debe salir de allí, o tener en esa gente los sostenedores más decididos".

Esta sorprendente congruencia entre Bilbao y Sarmiento,<sup>3</sup> que en absoluto le resta originalidad ni complejidad al segundo, abre la oportunidad de interrogar la idea de "autor", y especialmente la relación entre texto, concepto, y contextos sociales. Si Bilbao propone en su escrito la idea clave de civilización y barbarie un año antes que el propio Sarmiento, ¿deberíamos decir entonces que es Bilbao, y no Sarmiento, el autor verdadero del concepto? La historia intelectual antigua, anterior a Foucault y Derrida, tal vez contestaría esta pregunta afirmativamente.<sup>4</sup>

Pero la verdad es más compleja. En un estudio reciente, Kristine Jones ha sugerido que Sarmiento derivó su concepto de civilización y barbarie de las novelas fronterizas del escritor norteamericano James Fenimore Cooper. Notando las citas de Cooper que el mismo Sarmiento incluyó en el segundo capítulo del *Facundo*, Jones comenta que "Sarmiento ligó explícitamente la tradición literaria de Norte y Sud América en el desarrollo de [su] tema". Según Sarmiento, el éxito de Cooper se debió a que el autor norteamericano había situado sus historias en el "límite entre la vida bárbara y la civilizada, [en el] teatro de la guerra (. . .) por la posesión de los terrenos" entre indígenas e ingleses,<sup>5</sup> reconociendo así abiertamente su deuda intelectual con el escritor norteamericano. Obviamente las influencias que se ejercían sobre Sarmiento eran más profundas y variadas que una simple lectura del ensayo de su colega chileno. Pero, si Sarmiento derivó el concepto de Cooper, ¿cómo llegó Bilbao a expresar casi las mismas ideas un año antes?

Sabemos por fuentes externas a ambos textos que Sarmiento y Bilbao, antes y después de *Sociabilidad chilena*, tenían buenas relaciones de amistad. En el momento de escribir *Sociabilidad*, Bilbao practica

ba la docencia en un liceo fundado por Sarmiento y su compatriota Vicente Fidel López. Y, aunque el chileno dejó su plaza después de la condena a su ensayo, y aunque Sarmiento calificó el polémico ensayo como una "mezcla mal digerida de tontería y herejía", las relaciones entre los dos nunca se cortaron totalmente. Es más que probable por ejemplo que Sarmiento, en misión diplomática a Europa encargada por el gobierno chileno, haya visitado a Bilbao mientras éste cumplía exilio en la capital francesa.<sup>6</sup>

Dos autores que se conocían, que conversaban, que participaban en la misma estrecha comunidad intelectual que era Santiago a principios de los años 1840, ¿sorprende que compartan una visión común de la realidad? Pero, siendo así, ¿a quién podemos atribuir la autoría del concepto de civilización y barbarie? ¿A los individuos que lo expresaron, o a la comunidad en que vivían; a los participantes en la conversación, o a la conversación en sí misma?

Nos enfrentamos aquí con un profundo y antiguo problema en la historia intelectual, que es la relación entre texto y contexto, la relación entre pensamiento y sociedad. En un clásico estudio del pensamiento europeo de principios del siglo XX, el historiador norteamericano H. Stuart Hughes enfrentó esta problemática sin resolverla satisfactoriamente. Hughes descubrió que un conjunto de conceptos muy parecidos emergieron casi al mismo tiempo en el pensamiento de distintos individuos (entre ellos, Freud, Jung, Weber, Croce, Pareto, Bergson, Sorel, Gide, y Mann), y que algunos de estos autores y pensadores no conocían el trabajo de los otros.<sup>7</sup> Pero Hughes nunca intentó identificar las causas de estas coincidencias intelectuales, y aunque rechazó explícitamente el concepto de un "espíritu del tiempo" o *Zeitgeist* para explicarlas, a veces su análisis se acercaba bastante al concepto de un inconsciente colectivo al estilojungiano.

Carl Schorske en un estudio del modernismo en Viena a fines del siglo XIX advierte que "el historiador de hoy día tiene que abjurar (. . .) el proponer de antemano un denominador abstracto común" es decir un *Zeitgeist* o "característica de la edad", y propone en cambio "la persecución empírica de las pluralidades como una precondition al encontrar patrones unitarios en la cultura".<sup>8</sup> Su método es el estudio enciclopédico de las múltiples expresiones culturales (ciencia social, literatura, arquitectura, pintura) que existían en su área de investigación, pero su

marco explicativo descansa esencialmente en lo socioeconómico. Es decir, el contexto socioeconómico existe anterior a todos los textos, y éstos tienen infaliblemente que referirse a aquél.

Aunque tanto Schorske como Hughes rechazan explícitamente que las ideas nacieran de un espíritu del tiempo, en el momento de formular sus análisis ambos terminan recurriendo a algún elemento contextual común (la economía o un inconsciente colectivo) para explicar la aparición de pensamientos similares en individuos distintos. Carlo Ginzburg en cambio rompe decisivamente con el esquema de una cultura unitaria capaz de caracterizar una época. Ginzburg propone en su lugar que la sociedad está conformada por al menos dos culturas, la escrita o dominante y la oral o popular, que existen en relación conflictiva. Proponiendo estudiar la popular, busca recuperar las posibles bases de su discurso contra hegemónico mediante una investigación profunda del universo mental de un solo individuo. Su sujeto, un molinero del siglo XVI, fue acusado de herejía y llevado a las cortes de la sagrada inquisición, donde se le descubrió una cosmología bastante particular con raíces en la tradición oral italiana de la Edad Media.<sup>9</sup> El método de Ginzburg ha sido criticado, especialmente por Dominick LaCapra, por sobrevalorar el carácter contra hegemónico del discurso popular,<sup>10</sup> pero lo interesante del libro es cómo arraiga el pensamiento del molinero, confesada mente único y original, en un discurso anterior más amplio. Más que la representación de un discurso, el molinero descrito por Ginzburg es fundamentalmente un producto de él.

LaCapra basó su crítica a Ginzburg en la metodología de Jacques Derrida, quien parte de la imposibilidad de encontrar un espacio analítico fuera del texto y por lo tanto la necesidad de entender un texto únicamente según sus propios términos. Derrida ha escrito: "Escribir (. . .) es ser incapaz de hacer que el significado anteceda a la escritura (. . .) El significado debe esperar al acto de hablar o de escribir para residir dentro de sí, y para llegar a ser, en diferencia consigo mismo, lo que es: el significado (. . .) El significado no es ni antes ni después del acto."<sup>11</sup> Es decir, el significado de un texto surge en el momento mismo de su escritura, y desaparece inmediatamente después de aparecer. Aunque la relación entre texto y autor es compleja, Derrida no deja duda de que uno *no* es la expresión simple de la intención del otro: la "historia de la obra no está sólo en su *pasado*, la *víspera* o el *sueño* en que se precede

en las intenciones del autor, pero es también la imposibilidad de estar nunca *presente*, de estar resumida en alguna simetría absoluta o instantaneidad" (p. 14). Para Derrida el texto no tiene un exterior, o mejor dicho el exterior no le interesa; su interés es desconstruir la "historicidad interna" de la obra en sí para acercarse mejor a ese pasado desaparecido, ese presente imposible. Obviamente, esta interpretación del texto, que lo desliga radicalmente no sólo del autor sino de todo contexto externo, incluyendo al lector, imposibilita un proyecto, como el de Ginzburg, que busca entender los orígenes sociales o intelectuales de un pensamiento o un concepto. No obstante, la insistencia en la espontaneidad de la producción del texto y en la imposibilidad de conocer las intenciones del autor, es clave para hacer una crítica literaria rigurosa, aunque hace muy difícil el trabajo del historiador, que reside fundamentalmente en contextualizar un escrito.

Edward Said, comentando a Derrida, nos sugiere la posibilidad de rescatar el poderoso concepto derrideano de que el significado de un texto se produce mediante un diálogo con su autor en el momento mismo de su redacción, a la vez que reivindica la contextualidad, es decir la historicidad de una obra. Para hacer esta doble operación, que presagia el método de Ginzburg, utiliza el concepto analítico central de Michel Foucault de que el poder funciona fundamentalmente por medio de un discurso que permite la expresión de ciertos conceptos al igual que imposibilita la expresión de otros. En esta interpretación, según Said, cada texto involucra un "conflicto (. . .) entre su autor y el discurso del cual, por diversas razones sociales, epistemológicas y políticas, él forma parte (. . .) la escritura no es un ejercicio de una voluntad libre, sino la activación de un tejido inmensamente complejo de fuerzas para las cuales un texto es un sitio entre otros sitios (incluyendo el cuerpo) donde se juegan las estrategias de control en la sociedad",<sup>12</sup> Este planteamiento nos da la capacidad de *situar* al autor en un contexto, social, político, matrimonial, epistemológico, más amplio, lo que nos permite ver un texto como un documento histórico, no el representante de un discurso (porque los textos sólo pueden representarse a sí mismos) sino el producto de un discurso históricamente especificado, o mejor dicho una expresión congelada de tal discurso. Los textos en tanto se convierten en fuentes que ayudan a la reconstitución de discursos desaparecidos, los que operaban sobre autor y texto en el momento de su producción.

Si de Derrida tomamos la idea de la producción espontánea del texto, y de Foucault-Said la posibilidad analítica de contextualizar ese momento de producción, Raymond Williams nos recuerda que se produce significado también en el momento de la lectura, de modo que la lectura, igual que la escritura, es un diálogo entre texto y lector, y que el lector, como el autor, trae al texto su propio "tejido complejo de fuerzas" que estructura y limita las posibles lecturas que él puede hacer del texto.<sup>13</sup> Según Williams: "De hecho, los signos sólo pueden existir cuando se postula una relación social activa. El signo utilizable la fusión de elemento formal con significado-es un producto de esta actividad del hablar continuo entre individuos reales quienes comparten algún tipo de relación social continua. Los 'productos' comunicativos reales que son los signos utilizables son (. . .) evidencia viva de un proceso social continuo, dentro del cual los individuos nacen y están formados, pero al cual también contribuyen activamente, en un proceso continuo (. . .) Entonces, no encontramos un 'lenguaje' y una 'sociedad' reificados" sino un *lenguaje social activo*" (p. 37). Este concepto no sólo abre la posibilidad de múltiples lecturas "correctas" de un texto, sino que sugiere además que el universo de posibles lecturas correctas cambia con el tiempo, es decir que está determinado históricamente. El historiador, como cualquier otro lector, está limitado en su posibilidad de lectura por su mismo presente discursivo, y por lo tanto su tarea profesional de reconstruir un discurso pasado es más complejo que la simple lectura de sus expresiones congeladas, es decir los textos que se produjeron. Sólo una lectura informada, sofisticada, consciente no sólo de las múltiples lecturas en el presente, sino también de las múltiples lecturas que *eran posibles* en el pasado puede llevar a la reconstitución que pretende el historiador. Una historia intelectual informada por la teoría literaria, por lo tanto, tiene por objeto una historia de estas múltiples posibles lecturas pasadas, es decir debe salir del ámbito propio del texto para reconstituir las posibles posturas discursivas que lectores desaparecidos pudieron haber traído a las lecturas de esos textos.

Para volver al tema con que comenzamos, es decir, si fue Bilbao o Sarmiento el "autor" del concepto de civilización y barbarie, podemos ver que la pregunta misma carece de sentido. Un texto es el resultado, el producto, de una conversación interna entre el escritor y el texto mismo, y esta conversación está plenamente empapada en el discurso dentro del cual se concibe y sucede. El texto expresa en sus propias pala

bras, incorpora en su "complejo tejido", tanto los silencios y exclusiones del discurso con que dialoga como las declaraciones abiertas del mismo. Aunque Derrida nos habla de la imposibilidad de conocer la exterioridad de un texto, Said nos recuerda el conocimiento intuitivo que tenemos de que el discurso es anterior (a la vez que posterior) al texto, o sea el texto refleja (y también influye) el discurso de que forma parte.

Los discursos, estos poderosos andamiajes que estructuran el pensamiento de los seres humanos, están vivos, es decir sufren cambios, evolucionan, se desarrollan, y el ambiente donde residen y que les da vida es la conversación, oral, escrita, o por gestos, de los seres humanos. Nosotros por nuestras interacciones sociales ayudamos a construir y reconstruir estos edificios que permiten ciertas vistas y bloquean otras. Pero la metáfora falla, porque un edificio es estático y un discurso todo lo opuesto, caracterizado por un dinamismo completo; los discursos están siempre en movimiento, y su movimiento sinérgico sobrepasa con creces las voluntades individuales de todos sus participantes.

Si queremos identificar el autor de civilización y barbarie, tenemos que buscar allí, en la sinergia del discurso en que participaban los periodistas e intelectuales en Santiago de Chile durante la década de 1840. Como es sabido, eran años muy fluidos, muy fructíferos para la creación cultural en Chile, un florecimiento que en cierta medida existió debido a la presencia del exilio argentino en su medio.<sup>14</sup> De este ambiente, de este discurso, de esta *conversación*, surgió la idea que en América Latina algunos, los más europeos, los más cercanos a la ciudad, eran civilizados, mientras que otros, los más indígenas, los más campesinos, eran más bárbaros. El escritor, sea Bilbao o Sarmiento, enfrentando una lucha para expresar su pensamiento en palabras, dialogando con su texto, utilizando todas las herramientas a su alcance, recurre a los conceptos que el discurso le hace disponible. El huaso, o gaucho, por las condiciones climáticas y geográficas en que vive, es un ser atrasado, mientras el ciudadano, por su mayor educación y cultura, representa el único camino hacia la vida ilustrada.

Bilbao y Sarmiento expresan pensamientos muy parecidos no porque uno lo leyó en el texto del otro, sino porque ambos aprendieron del otro, en conversaciones anteriores y posteriores a la escritura y lectura de sendos textos. El autor de civilización y barbarie no es ni Bilbao ni Sarmiento, sino la conversación que los dos compartieron con los otros intelectuales residentes en Santiago de Chile durante los años 1840.

## Notas:

1Es una discusión que continúa hasta el día de hoy. Obras recientes, sólo en inglés, incluyen Francine Masiello, *Between Civilization and Barbarism: Women, Nation, and Literary Culture in Modern Argentina*, (Lincoln: University of Nebraska Press, 1992) y Joseph Criscenti, editor, *Sarmiento and his Argentina* (Boulder: Lynne Rienner, 1993).

2Francisco Bilbao, "Sociabilidad chilena", en Sergio Grez, compilador, *La 'Cuestión Social' en Chile: ideas y debates, precursores (1804-1902)* (Santiago: DIBAM, 1995), páginas 81-2.

3Efraín Kristal, "Dialogues and Polemics: Sarmiento, Lastarria, and Bello," en Criscenti, obra citada, p. 67; E. Bradford Burns, *The poverty of Progress: Latin America in the Nineteenth Century* (Berkeley: University of California Press, 1980), p. 23.

4Michel Foucault, "What is an Author" en Josue Harari, editor *Textual Strategies* (Ithaca: Cornell University Press, 1979), pp. 141-160; Jacques Derrida, *L'écriture et la différence* (Paris: Editions du Seuil, 1967).

5Kristine Jones, "Civilization and Barbarism in Sarmiento's Indian Policy", en Criscenti, obra citada, p. 36. Traducción del inglés, de aquí en adelante, del autor. Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo: Civilización y barbarie; vida de Juan Facundo Quiroga*, ensayo preliminar e índice cronológico por Raimundo Lazo, quinta edición (México: Editorial Porrúa, 1980), p. 21.

6Elizabeth Garrels, "Sarmiento and the Woman Question: From 1839 to the *Facundo*," en Tulio Halperín Donghi, Iván Jaksic, Gwen Kirkpatrick, y Francine Masiello, editores, *Sarmiento: Author of a Nation*, (Berkeley: University of California Press, 1994), p. 292. Existe una alta probabilidad que Sarmiento y Arcos se hayan conocido por mediación de Bilbao. Arcos y Sarmiento viajaron luego juntos a los Estados Unidos. Ver Cristián Gazmuri, "Santiago Arcos" en Santiago Arcos, *Carta a Francisco Bilbao y otros escritos* (Santiago: Editorial Universitaria, 1989), p. 16.

7H. Stuart Hughes, *Consciousness and Society: the Reorientation of European Social Thought, 1890-1930*, segunda edición (New York: Vintage Books, 1977).

8Carl E. Schorske, *Fin-de-siecle Vienna: Politics and Culture*, (New York: Vintage Books, 1981), cita en página xxii.

9Carlo Ginzburg, *The Cheese and the Worms: The Cosmos of a Sixteenth-Century Miller* (New York: Penguin Books, 1982).

10Dominick LaCapra, "Intellectual History and Its Ways", *American Historical Review* 97 (abril, 1992), p. 431, y *The Cheese and the Worms: The Cosmos of a Twentieth-Century Historian* en Dominick LaCapra, *History and Criticism* (Ithaca: Cornell University Press, 1985): veáse también Russell Jacoby, "A New Intellectual History", en *American Historical Review* 97 (abril, 1992), pp. 405-424.

11Jacques Derrida, *Writing and Difference*, (Chicago: University of Chicago Press, 1978), pp. 10-11.

12Edward Said, "The Problem of Textuality: Two Exemplary Positions", *Critical Theory* 4 (1978), p. 704; Michel Foucault, *Historia de la locura en la época clásica*, Juan José Utrilla, traductor (México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1967).

13Raymond Williams, *Marxism and Literature* (Oxford: Oxford University Press, 1977); veáse también Diana Sorenson Goodrich, "The Wiles of Disputation: Alberdi Reads *Facundo*", en Halperín, et al, *Sarmiento*, páginas 294-313; Hans Robert Jauss, *Toward an Aesthetic of Reception*, (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1981).

14 Alfredo Jocelyn-Holt, "El desarrollo de una conciencia pública: Lastarria y Sarmiento." *Estudios Públicos* (1985), y "Tres aproximaciones a la generación de 1842: Lastarria, Bello y Monvoisin." *Revista Chilena de Historia y Geografía* 151 (1983); Norberto Pinilla, *La generación chilena de 1842* (Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1943); Ana María Stiven, "La generación de 1842 y la conciencia nacional chilena" *Revista de Ciencia Política* 9:1 (1987), pp. 61-80; Iván Jaksic, "Sarmiento and the Chilean Press, 1841-1851", en Halperian, et al, obra citada, páginas 31-60; Kristal, obra citada.